

Institucionalidad política y cambio democrático

Manuel Cuesta Morúa

EN CUBA, LA INSTITUCIONALIDAD POLÍTICA DEL CAMBIO DEMOCRÁTICO ES UNA condición necesaria y deseable. Para ilustrar esta afirmación basta recordar que:

(...) durante los cien años de existencia de Cuba como república, sólo dieciséis años han sido bajo cuatro presidentes civiles...Durante los otros ochenta y cuatro años, el país estuvo controlado por hombres de las fuerzas armadas o, como en el caso de Castro, un revolucionario que impuso una dictadura totalitaria...¹.

¿Y qué se requiere para tener un gobierno democrático?

Una clase política democrática, una clase política incorrupta por venalidad, la subordinación militar a un gobierno civil, la difusión de los valores democráticos en la sociedad, un estado basado en la Ley².

La carencia de esos cinco requisitos a lo largo de cien años revela las limitaciones que han impedido nutrir una tradición que impulse una transición, de algún modo contraria a nuestra historia política. Pero los análisis sobre cambio político en Cuba han puesto más el acento en las referencias a procesos externos que en las dinámicas internas y en la institucionalidad del cambio democrático. Así, análisis y propuestas políticos han adolecido de lo que los sajones llaman *pensamiento desiderativo*; con la consiguiente frustración ante las débiles y tenues reformas producidas en la Isla. Teniendo en cuenta lo anterior, parto de una hipótesis central: una transición democrática exitosa requiere la existencia de mínimos institucionales.

¹ González, Edward; *Después de Castro: Regímenes alternativos y política de Estados Unidos*; RAND Corporation, 2002, pp. 14-15.

² *Ibíd.*

■ *Necesidad de espacios institucionalizados principalmente para:*

- [1] La fluencia e intercambio de información y proyectos que den estabilidad, cohesión y sentido a los cambios que se proponen.
- [2] Facilitar el carácter secuencial de unas transiciones que, mayoritariamente, son ajenas a la violencia y acuden al pacto, implicando a diversos sectores que requieren canales de expresión para garantizar el éxito de una negociación que sólo puede ser institucional.
- [3] «Imponer» el sentido de realidad, ajeno casi siempre a poderes largamente enraizados, e impedir la subestimación de adversarios que de otro modo serán socialmente invisibles.
- [4] De-moralizar el debate, flexibilizar a los adversarios, despersonalizar las alternativas y darle fuerza negociadora a los liderazgos.
- [5] Constituirse como garantes de la compleja institucionalización de la democracia, que incluye fundamentalmente la institucionalización del proceso constitucional.
- [6] Procesar conocimientos e información clave en cualquier transición.
- [7] Regular y moderar los conflictos de una transición, definir los roles de los actores políticos y sociales, y facilitar los consensos mínimos necesarios en sociedades en cambio.

Estas condiciones faltan en Cuba como premisas para desvirtualizar el proceso de transición democrática, lo que impide aprovechar con eficacia el contexto y las fuerzas internacionales en dirección a la transición.

En los países que experimentaron algún tipo de transición se notan otra serie de peculiaridades:

- [1] Las transiciones clásicas no fueron teóricamente pensadas antes de iniciarse.
- [2] Son eminentemente políticas.
- [3] La economía es un factor independiente.
- [4] Los referentes democráticos no estaban cuestionados.
- [5] No pudieron utilizar como coartadas la seguridad nacional o la soberanía para congelar movidas políticas.
- [6] Se produjeron en países de fuerte sociedad civil y de movilidad creciente: física y social.
- [7] El exilio sólo define un lugar físico y una condición circunstancial.
- [8] No tuvieron que reinventar la tradición diversa de doctrinas políticas que fundamentaran la pluralidad democrática.
- [9] Ninguna se enfrentó a la fuerte capacidad simbólica de los mitos políticos.
- [10] Todas contaron con un suelo ético más o menos sólido que sirvió de paradigma al juego social y político.

Estas diez constantes son importantes de contrastar por una razón básica: la transición en Cuba parece, y sólo parece, que seguirá el camino más o menos clásico, pero sin ninguna o muy pocas de las condiciones que facilitaron el cambio democrático en otros países.

Cuba está en transición porque se están produciendo mutaciones definitivas en las dimensiones ideológica, cultural, sociológica, económica y política.

Por eso hablamos de posttotalitarismo; pero esas mutaciones se están produciendo en áreas importantes al margen de la influencia real de los movimientos alternativos; sin crear una contestación significativa por parte de la sociedad y bajo la aparente continuidad del régimen político. La dinámica propia de la transición y los cambios sui géneris que se vienen produciendo complejizan su proceso mismo y hacen impredecibles los escenarios. Esto supone retos y riesgos políticos para la oposición cubana.

¿Cómo insertarnos primero y dirigir después la transición en un sentido realmente democrático? Esto es posible sólo a través de la institucionalidad, lo que estaría demandando de nosotros una apuesta por la política-proceso más que por la política-acontecimiento.

Sin las condiciones presentes en las transiciones clásicas que crearon las bases para la institucionalidad del cambio democrático, Cuba se enfrenta a fuertes exigencias de cambio: se maximizan las demandas de la transición frente a una débil oferta interna para satisfacer las necesidades de un virtual mercado político. Y el tipo de cambio exigido o prevaleciente no es el que potencia las premisas institucionales de la transición democrática; es el que solicita un cambio de régimen en términos clásicos.

En efecto, la transición en Cuba se ha remitido en los últimos tiempos al modelo español, con fuertes referencias estadounidenses que establecen el tipo y ritmo de la misma: transición rápida, sustitutiva y privilegiando los procesos electorarios.

La preeminencia de este esquema global está desfasada de la dinámica interna de Cuba. De donde extraigo una segunda hipótesis: La estrategia democratizadora que prevalece internacionalmente es un doble freno a la transición cubana.

¿Cuál es esa estrategia? En el tiempo ha sido ambivalente, pero la describo así: presión política sobre el gobierno cubano para que adopte esquemas internacionalmente avalados de transición democrática, con énfasis en los procesos electorarios, y apoyo político a propuestas que cumplan los requisitos de esa estrategia.

La viabilidad de ésta ha querido combinar la certeza moral con los mecanismos políticos: [A] el gobierno debe convencerse de que su modelo, inviable, no funciona, y [B] no hay inserción de Cuba hasta que el gobierno no dé pasos en las direcciones indicadas por la estrategia. Y el ciudadano político necesario para sustentarla se ha visto, según ella, en alguna parte, atrapado por el *consenso involuntario* que produce el totalitarismo.

Pero, precisamente, el espacio que hay entre la certeza moral y el ciudadano político atrapado por el totalitarismo es el necesario para potenciar el proceso de institucionalización del cambio democrático; proceso definitorio para cualquier tipo de transición que se produzca.

La hegemonía de la estrategia antes descrita ha tenido dos efectos: rearme político del régimen para neutralizar cualquier desafío legítimo a su poder y debilitamiento de las alternativas de la sociedad civil en Cuba.

La tentación de seguir semejante estrategia ahoga físicamente el proceso de institucionalización del cambio democrático y lo deslegitima políticamente, al otorgar mayor relevancia en el proceso a Estados Unidos: un actor geopolítico y geoestratégico, absolutamente contraproducente para la democratización de Cuba por cuatro razones:

UNA RAZÓN HISTÓRICA: vinculada a su difícil relación con Cuba.

Una razón cultural: Su modelo de democracia no es practicable atendiendo a la tradición cubana.

UNA RAZÓN DE MENTALIDAD POLÍTICA: Los estadounidenses son buenos en cambios rápidos, bruscos y de sustitución hegemónica, amparados en el tipo de diplomacia punitiva y de protectorado que practican, pero no están preparados para procesos de transición graduales como es el caso de Cuba.

UNA RAZÓN GEOESTRÁTICA: Como es una nación con intereses globales en el gran tablero mundial que describe Zbgniew Brzezinski, Estados Unidos tiene imperativos más acá de los valores humanos y políticos que dice defender. La necesidad de alianzas y enroques con países y regímenes ajenos a esos valores, para defender una ruta estratégica en cualquier punto del tablero, le quita fuerza moral para promover democracias y respeto a los derechos humanos en otros puntos de ese mismo tablero.

La incontinencia hegemónica de Estados Unidos es, sin embargo, cultural. Y el resultado de ella en Cuba ha supuesto históricamente una deslegitimación política de las instituciones del cambio democrático.

Extraigo por tanto una tercera hipótesis evidente: el protagonismo geopolítico de Estados Unidos dentro de la estrategia internacional para promover la transición en Cuba deslegitima la construcción de los mínimos institucionales del cambio democrático y legitima doblemente el modelo político actual en Cuba.

Creo, por tanto, que se requieren otros actores geopolíticos distintos y con una estrategia diferente, con el fin de impulsar lo que considero fundamental para la transición en Cuba: la institucionalidad del cambio democrático.

¿Cuál podría ser esa estrategia diferente?: la hegemonía del *diálogo crítico*, como fórmula por excelencia para aproximarse a Cuba, lo cual posibilitará la necesaria institucionalización del cambio democrático. Esto exige un enfoque más reposado que permita desplegar una agenda multilateral sobre bases críticas, constructivas y vinculantes, al mismo tiempo que ampliadas a la emergente sociedad civil.

La idea fundamental detrás de esta estrategia es que sólo las políticas gradualistas han producido los mejores resultados en procesos de democratización complejos. En este sentido es importante «no confundir una visión clara con una distancia corta... esa sensación de estar parado en la cima de un acantilado, mirando por encima de un gran bosque a una montaña distante que es la meta. La cumbre está tan cerca que parecería que uno

podría extender la mano y tocarla. Eso es así, hasta que uno se mete en los árboles y empieza a abrirse camino hacia la montaña»³. Este error de perspectiva ha ocurrido demasiado con y en Cuba.

Esta estrategia obliga a nuevos enfoques. Sólo expondré los que me parecen más relevantes:

[1] Un enfoque integral de los derechos humanos. El único productivo en Cuba. Es éste uno de los propósitos de la Coalición Diálogo Pro Derechos.

[2] Una política, pese a los últimos y graves acontecimientos ocurridos en la Isla, vinculante, de diálogo y de no aislamiento del gobierno de Cuba.

[3] Una potenciación de los intercambios y los proyectos dirigidos hacia la institucionalización del cambio democrático.

[4] Una aproximación política basada en una Plataforma de Mutuas Garantías entre todos los sujetos del cambio democrático. Los trabajos del Grupo Memoria, Verdad y Justicia son una importante contribución en este sentido.

La comunidad internacional, si quiere tener una mayor y mejor influencia en el escenario cubano, debe tener en cuenta estos enfoques.

El reto de la comunidad internacional está aquí ahora mismo. Todas las preguntas sobre el poscastrismo tienen respuesta en la clase, la fuerza y el grado de institucionalidad democrática que tengamos, para afrontar los desafíos de una sociedad que casi está obligada a reinventar su tradición democrática. Hoy no hay otra alternativa que comenzar la construcción del futuro. Ahora mismo.

Pero quizá resulte obvio decir que, en términos de gobierno y de fuerzas políticas, sólo Europa y América Latina tengan ofertas disponibles para poner en práctica esta estrategia.

³ Saffo, Paul; «Paul Saffo and the 30 year-Role», en: *Design World*, 24, 1992, p. 18; en: Fidler, Roger; *Mediamorfosis, comprender los nuevos medios*; Ed. Granica, México, 1997.